

Íncipit

Ernesto Parisi



Image not found.

Capítulo 1

Gracias a Dios hubo un día siguiente y después otros que nos trajeron, un poco, el olvido. Esa noche algo nos abrió la herida que no sabíamos que llevábamos en un costado. Nos descubrió la cicatriz. Vino a inocularnos, como una infección o una fiebre, una sensación desconocida. A infligirnos un dolor olvidado. A nosotros, incautos, que hasta esa noche solo nos dejábamos vivir.

Yo estuve ahí aquella noche. Algo, que no podíamos asir, ni oler, ni devorar, nos afectó de tal manera el cuerpo que nos volvimos otra cosa. Nada fue lo mismo desde entonces. Copular, comer, beber, cazar, ya no eran suficientes.

Un nuevo estado, ni de hambre ni de sed, nos fue implantado. Aquello, un ángel, un demonio, un monstruo, no lo sé, nos corrió la venda de los ojos, nos sustituyó los cristales. Eso no pertenecía a nuestra especie.

Regresamos en silencio a nuestras casas de piedra como animales buscando el refugio de una cueva. Nadie lo dijo, no hizo falta, pero todos conocimos esa noche lo definitivo de nuestra condición. Pude ver en los demás y en mí mismo, una estúpida sonrisa congelada en la boca.

Qué tropiezo, qué descuido, qué atolondramiento natural nos desembocó en este estado. Y cómo librarnos ahora de esta hechicería. Nuestros teólogos dicen haberlo resuelto en nombres de mujer, de fruto, de reptil. Yo creo que es muy tarde.

El engaño no produjo igual efecto en cada uno de nosotros. Algunos empezaron a untarse las manos con la savia de las hojas. Después las posaban en las piedras. Piedras que antes eran blancas, pulidas, mudas, se llenaron de manos. Verdes, rojas, amarillas. Manos grandes, pequeñas. Perfectas, deformes, mutiladas. Nunca nos habíamos percatado de la separación de los dedos de una mano. En las cuevas, a la luz de los fuegos, esas manos gritaban.

A otros les nació la sensación de estar viviendo una espera. A mí, por ejemplo. Comencé, sin darme cuenta, a golpear con una piedra las rocas. Un día me di cuenta de que les dejaba hendiduras. Acabé por ver en ellas señales. Mensajes. Signos de qué. Nunca lo supe, quizás por eso me inventé un significado.

Desde entonces suelo dejar marcas en las rocas, como el que no encuentra qué hacer con sus manos y arroja una piedra al río para ver qué pasa. Solo que mi piedra, al caer, emite un sonido hueco, vacío, y el

movimiento que produce dura, apenas, lo que duran unos pocos círculos en el agua.